...DRID
...ELVO.

...ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

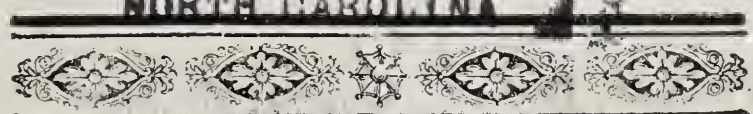
De D. Manuel Breton de los Herreros.

Representada por la primera vez en el teatro del Príncipe el dia 25 de enero de 1828.

MADRID: 1828.
IMPRENTA DE D. MIGUEL DE BURGOS.

PERSONAS.	ACTORES.
D. BERNARDO.....	*Sr. Bernardo Avecilla.*
D. BALTASAR.....	*Sr. Luis Fabiani.*
D. ESTEBAN......	*Sr. Pedro Viñolas.*
D. FELIPE.........	*Sr. Santiago Casanova.*
D. ABUNDIO.......	*Sr. Antonio de Guzman.*
CARMEN...........	*Sra. Joaquina Baus.*
D.ª MATEA.......	*Sra. Concepcion Velasco.*
EL TIO LAMPREA.	*Sr. José Cubas.*
CRIADOS.........	

La escena es en un pueblo de la Sierra de Cameros, en una sala baja de la casa de don Baltasar, con muebles antiguos, dos puertas practicables, y una ventana que dá á la calle.



ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Don Baltasar.

El huesped no se ha vestido,
y se vá haciendo muy tarde (1). —
Las siete. — Estos cortesanos
son lo mismo que las aves
nocturnas. Eh, no me admiro.
Despues de un molesto viage
por caminos tan perversos
y posadas tan fatales....
Con todo ya me parece
que es hora de despertarle (2). —
¡Ola! Ha abierto la ventana
sin esperar que le llamen.
Vamos; no es tan perezoso
como creía. — Ya sale.

ESCENA II.

Don Baltasar y don Bernando (3).

D. Bern. Buenos dias, Baltasar.

(1) Mira el relox.
(2) Mirando á la puerta del cuarto de D. Bernardo.
(3) En bata.

D. Balt. Felices. ¿Qué tal el catre?

D. Bern. He dormido bien.

D. Balt. Me alegro.
¿Quieres tomar chocolate?

D. Bern. No. Mas bien almorzaría
otra cosa.

D. Balt. Muy bien haces.
El chocolate no es mas
que un despertador del hambre
y un lavatorio de tripas.
Este año que soy alcalde
he resuelto prohibirlo. —
(1) Tio Lamprea. — Si te place
sentémonos: me dirás,
mientras de almorzar nos hacen,
qué poderosos motivos
á la montaña te traen
cuando menos te esperaba. —
Lamprea. — Como llegaste
tan cansado del camino,
y habia gente delante,
y eran ya mas de las nueve,
nada quise preguntarte. —
Pero ese viejo maldito....
Lamprea.

Lamp. (2) Ya voy.

---

(1) Llamando.
(2) Dentro.

ESCENA III.

Los precedentes y Lamprea.

Lamp. ¡Qué diantre!
¿Por qué grita usted?
D. Balt. ¿Por qué
das lugar á que te llamen
tantas veces?
Lamp. Yo no salgo
de mi paso, usted lo sabe,
aunque ardiera el universo.
Primero soy yo que nadie;
y hace usted mal....
D. Balt. ¿Será cosa
de que ahora me regañes?
Lamp. Es que á mí no se me trata
como á cualquier badulaque.
¿Entiende usted?
D. Balt. Basta yá.
Lamp. Cuidado que no hay aguante...
D. Balt. Bien, hombre; tienes razon
ahora y siempre que me hables. —
Dí á Gervasia que nos fría
unas magras con tomate,
y llena un par de botellas
de aquella cuba....
Lamp. ¿La grande?
D. Balt. Sí; y despacha; que yo tengo
que salir.
Lamp. Voy al instante.

ESCENA IV.

Don Bernardo y don Baltasar.

D. Balt. Estos criados antiguos
se toman mil libertades;
pero á un hombre que es tan fiel
algo ha de disimularse. —
¿Con que establecerte piensas
en el lugar? ¡Qué bien haces!
D Bern. Sí, que ya estoy fastidiado
de la Córte.
D. Balt. Aquí los aires
son mas sanos; las costumbres
mas sencillas; aquí á nadie
se guarda contemplaciones
sino al cura y al alcalde;
aquí hay salud y apetito;
allá es un pobre petate
el mismo que aquí es feliz
con cuatro ó cinco heredades.
D. Bern. Algunos son desgraciados
porque segundones nacen:
yo, al contrario, debo dar
muchas gracias á mi madre
porque tuvo la humorada
de parirme un poco tarde.
Quedamos huérfanos. Tú
el mayorazgo heredaste,
y yo á la edad de quince años
tuve á bien emanciparme.

Atravesado en un mulo
á Madrid hice mi viaje:
me recibieron de *hortera*
en la casa que ya sabes:
me porté bien: me estimaron:
mis salarios y mis gajes
dejé al riesgo del comercio:
crece mi peculio: cae
enfermo mi principal. —
¡El médico era hombre grande!
Le mató de puro sábio:
se hicieron los funerales:
dí en consolar á la viuda;
y ella, que era muy amable,
no tomaba á mal que yo
sus lágrimas enjugase:
nos casamos: cerró el ojo
á las ocho navidades:
su heredero universal
me nombró, ¡Dios se lo pague!
y me encontré millonario
yo que pocos años antes
no tenía sobre qué
caerme muerto. Al instante
el tráfico me aburrió
tan contrario á mi carácter.
No quise ver mi fortuna
expuesta á los huracanes,
los subsidios, las aduanas,
la guerra y el ajiotaje;
y empleando mi caudal
en casas y en olivares

que me dán muy buena renta
y cuestan pocos afanes,
jóven todavía, alegre,
sin familia y sin achaques;
en las olas de la Córte
bogó intrépida mi nave. —
La felicidad buscaba
con ansia por todas partes.
No perdonaba conciertos,
tertulias, suntuosos bailes,
espectáculos, banquetes....
¡Baltasar! todo era en valde.
En cambio de algun placer
frívolo y poco durable
siempre estaba atormentado
de disgustos y pesares,
y en mi corazon sentía (1)
un vacío perdurable.
Mis queridas todas eran
ó coquetas ó venales;
y entre cien aduladores
que me chupaban la sangre,
ni un solo amigo contaba
que por mí propio me amase. —
¡Fuera de aqui! dije un dia.
En las grandes capitales
buscar la dicha es error.
Hallarla será mas fácil
en la pacífica aldea.

---

(1) El tio Lamprea vá trayendo lo necesario para el desayuno hasta dejar la mesa cubierta.

No en vano tanto la aplauden
los poetas, y mil pestes
nos dicen de las ciudades. —
Hice ensillar el caballo,
y emprendí alegre mi viaje
al lugar donde nací,
deseoso de abrazarte,
y pasar contigo el resto
de esta vida miserable.

D. Balt. Eres un héroe, Bernardo.
Deja que otra vez te abrace.
La Córte es un laberinto;
es una casa de Orates;
un infierno.

D. Bern. ¡Oh! sí, un infierno.
Si entramos en el exámen
de los vicios infinitos
que la hacen abominable,
te aseguro....

Lamp. Cuando ustedes
quieran, pueden acercarse (1).

D. Balt. Vamos allá (2). Te haré
plato.

D. Bern. Yo me le haré: no te canses.

D. Balt. Como quieras. Al principio
es muy natural que extrañes
el lugar. — Aqui no tienes
aquellas comodidades
de la Córte. Los paseos....

---

(1) Vase.
(2) Se sientan á la mesa.

D. Bern. ¿Paseos? ¡Qué disparate!
no se pasea en Madrid
aunque el médico lo mande;
se rabia. Fuera de puertas,
ya que nada de agradable
ni de ameno tiene el campo,
al menos es puro el aire;
pero las gentes de *tono*
se degradan con tomarle.
¡Cuánto mejor es el *Prado*!
Allí se lucen los trages;
allí se arman las intrigas,
y se disponen los bailes;
se corteja á las muchachas;
se hace burla de las madres;
se critica á los de atrás;
se pisa á los de delante.
Ya te llama la atencion
aquel delicado talle,
donde la naturaleza
gime víctima del arte:
ya el cabello de Belisa
que se lo debe á un cadáver;
ya la blancura de Anarda
que encarece el albayalde. —
¿Quién se apea de aquel coche?
la marquesa del ensanche,
que antes de ayer fue modista. —
¿Quién es aquel botarate
que talarea entre dientes
un *aria* de *Mercadante*,
y va saludando á todos

aunque no conoce á nadie?
Es el hijo de un fondista
que vino aqui desde Flandes,
y dando gato por liebre
llegó á hacerse un personage.—
¡Qué Babilonia! ¡Qué polvo!—
¡Qué divertido contraste
hacen aquellos galones
y aquel lacónico fraque,
con los andrajos hediondos
de aquel intonso pillastre
que va vendiendo *candela*!
Y el ruido de los carruages;
el guirigay de la gente;
aquel contínuo rozarse;
y al lado de *Apolo*, ¡el númen,
el creador de las artes!
aquel batallon de sillas
tan prosáicas, tan infames....
¡Uf! Quita allá. De pensarlo
me estan temblando las carnes.
D. Balt. Pero las buenas tertulias
ese fastidio resarcen;
y en Madrid....
D. Bern. Reniego de ellas.
Algunas hay regulares;
pero la *etiqueta*, el *tono*
las hacen insoportables.
En otras mandan en gefe
lechuguinos y pedantes;
y el que no gasta corsé
y, aunque fino en sus modales,

no baila cuando saluda,
ní da opinion á los sastres,
en un rincon bostezando
hace un papel despreciable.
En otras de dos en dos
se acomodan los amantes,
requebrándose al oido
sin hacer caso de nadie;
y el pobre *número impar*,
espera á que haya vacante,
jugando á la *peregila*
con las feas y las madres.
Por último, en todas ellas
el que no baila es un cáfre;
el que no canta, un caríbe;
el que no juega, insociable;
el hombre formal se aburre,
y los tontos se distraen.

D. Balt. Por fortuna alli hay teatros,
y, por no mortificarte,
muchas noches.. .

D. Bern. No he perdido
funcion; pero en todas partes
me han perseguido los necios.
Gastaba mis doce reales
y pico, con el objeto
de instruirme y recrearme;
pero en vano muchas veces.
Ahora un lampiño *elegante*
flecha el anteojo en un palco
y me pisa al perfilarse.
Poco despues, y en la escena

tal vez mas interesante,
llora un niño en la *tertulia.*
No bien se logra que calle,
dos títeres, que me puso
mi mala estrella delante,
á media voz deletrean
la traduccion en romance
de una *opera* italiana;
y despues que ni una frase
de la comedia han oido,
dicen que es abominable.
Nunca me falta un moscon
que con preguntas me balde. —
¿Qué funcion hay en la *Cruz*? —
¿Qué sueldo tiene *Vaccani*? —
¿Cuáles son los privilegios
de las *damas* y *galanes*? —
¿Qué sainete hacen? — ¿Vió usted
hacer el *Otelo* á *Maiquez*?
Otro, incomodando á todos,
y solo porque reparen
en él, viene á su *luneta*
poco antes del desenlace;
y si silban los de al lado,
silba; si aplauden, aplaude. —
Otro.... Vamos, no hay paciencia.
Concluyo con afirmarte
que el hombre recto y juicioso
en la Córte vive mártir (1).

D. Balt. Bien dices. — Aquí estás libre

(1) Se levantan.

de esas incomodidades.
No hay paseos, ni teatro,
ni *óperas buffas*, ni bailes,
ni tertulias....

D. Bern. ¿Cómo es eso?
¿Pues las noches perdurables
del invierno, en qué se pasan?
La poblacion no es muy grande,
pero siempre habrá á lo menos
diez familias principales
que podrian reunirse....

D. Balt. Ya se vé; si no mediasen
pleitos, chismes, *etiquetas*....
No hay dos casas que se traten.—
¿Pero esto á mí qué me importa?
Yo no necesito á nadie.
Cada uno en su casa, y Dios
en la de todos.

D. Bern. No obstante,
la sociedad....

D. Balt. Esa fruta
no se come en los lugares;
pero no faltan placeres
que suplan....

ESCENA V.

Los precedentes y don Abundio (1).

D. Abund. Inclito alcalde;

(1) Ridícula y pobremente vestido.

dilectísimo *Mecenas*
de este respetuoso vate,
buenos dias. En las casas
que llaman Consistoriales
el senado reunido,
permítaseme esta frase,
espera á su presidente.
D. Bern. (¡Calla! ¿Tambien
hay pedantes en la Sierra?)
D Abund. Yo, no digno
secretario....
D. Balt. Que se aguarden
un momento. Pronto voy.
D. Abund. Asi al regidor Pelaez,
á quien por antonomasia
el vulgo llama *Tres-panes*,
nuncio fiel, se lo diré. —
¿Pero puedo gratularme
con la plácida esperanza
de obtener, de mis afanes
optado premio, el empleo
de sacristan y sochantre
de esta poblacion, que vaca;
es decir, que está vacante
por súbita defuncion
de don Ciriaco Gonzalez?
D. Balt. La plaza será de usted.
En mi proteccion descanse.
D. Abund. No tantas el turbio Reno,
no tantas el ancho Ganjes
arenas cria, ni tantos
cándidos sobre los Alpes

de frígida nieve copos
el torvo Aquilon abate;
como yo beatos dias
á usted le deseo. — Salve.

ESCENA VI.

Don Baltasar y don Bernardo.

D. Bern. ¡El hombre es original!
¿se entiende aqui ese lenguage?
D. Balt. No por cierto. Yo estudié
metafísica en Irache;
y cuando habla, casi siempre
me quedo en ayunas. ¡Sabe
mucho el señor don Abundio!
D. Bern. Se conoce.
D. Balt. El hombre grande
siempre se verá abatido.
Creyó poder sustentarse
en Madrid con sus talentos.
Escribió varios romances,
sainetes, discretos motes
para damas y galanes,
y ¿qué sé yo cuántas cosas?
pero se moria de hambre
el pobre de don Abundio;
porque en este siglo infame,
dice que son muy contados
los que quieren ilustrarse,
y nada impreso se vende

á excepcion del almanaque.
Por fin, viéndose aburrido
el pobre, tomó el portante;
y con recomendacion
de no sé qué personage
de *domine* y fiel de fechos
aquí logró acomodarse.

D. Bern. ¡Ola! ¡Grande adquisicion
para el lugar!

D. Balt. Admirable.
El hace los villancicos
cada año por Navidades.

D. Bern. ¡Oh! Pues teneis una viña
con él.

D. Balt. ¡Yo lo creo!

D. Bern. ¿Y Cármen
tu hija?

D. Balt. Está en su tocador:
voy á decirla que baje.

D. Bern. No; no la incomodes. Ella
bajará. Puedo engañarme,
pero me debe muy buen
concepto. Son sus modales
finos sin afectacion....

D. Balt. ¡Sí ha estado en Soria, ¿quién
sabe
cuanto tiempo? con su tia
la comisaria!

D. Bern. Es amable:
¿no es verdad? y muy modesta.

D. Balt. ¡Oh! y muy linda. Toda
al padre.

D. Bern. Ya habrás pensado en casarla.
D. Balt. Y con ventajas muy grandes.
D. Bern. Me alegro.
D. Balt. El mozo es muy rico;
de esclarecido linaje;
cristiano viejo....
D. Bern. Muy bien. —
¿Y Cármen....
D. Balt. Hombre muy hábil
para la vihuela.
D. Bern. Siendo
á gusto....
D. Balt. No hay quien le gane
á tirar la barra.
D. Bern. ¿Y ella....
D. Balt. Un muchachon que no cabe
por esa puerta. —
D. Bern. La chica
le amará....
D. Balt. ¿Pues no ha de amarle?
Eso se supone; y luego....
basta que yo se lo mande. —
Pero me están esperando.
A Dios, Bernardo. — No extrañes
que te deje. Hoy es la fiesta
del pueblo; y como yo falte,
nada se hará con concierto.
Hay funcion de iglesia en grande,
y procesion, y novillos,
árbol de pólvora, baile,
rifas, gaita zamorana.... —
Mandaré por tí al instante

con el *domine*, y verás
cómo te diviertes. — Cármen,
¿no bajas? — Vaya, hasta luego.

ESCENA VII.

D. Bern. Mucho voy á fastidiarme
en un pueblo donde no hay
sociedad.... — ¿Pero es tan grave
este mal, que uno no pueda
de mil modos compensarle?
Sobre todo, aquí habrá paz;
y sin intrigas ni fraudes
como en Madrid....

ESCENA VIII.

Don Bernardo y Cármen.

Cárm. Buenos dias,
tio Bernardo.
D. Bern. Dios te guarde,
Carmencita.
Cárm. ¿Ha descansado
usted?
D. Bern. Sí, hermosa. ¿No sales
tú á ver la fiesta?
Cárm. Soy poco
amiga de semejantes
funciones. Muy tempranito
fui á misa; y prefiero estarme
leyendo en casa.

D. Bern. Mi hermano
me ha dicho que va á casarte
muy pronto.
Cárm. (¡Ay Dios!)
D. Bern. Con un jóven
poderoso: de la sangre
azul; buen mozo....
Cárm. Sí; es cierto:
padre quiere que me case....
D. Bern. Y á tí no te pesará.
Cárm. A mí....
D. Bern. Teniendo ese talle,
y esa cara, y esos ojos,
harto será que tú trates
de ser monja.
Cárm. No por cierto;
porque al fin en todas partes
se puede servir á Dios;
pero....
D. Bern. Te turbas, y casi
las lágrimas te se saltan. —
Carmencita, no me engañes.
Yo no soy preocupado.
No puedo aprobar que un padre
por su capricho, ó tal vez
por el interés infame,
á sus hijos tiranice.
Tú eres la que ha de casarse,
y no mi hermano. Formar
delante de los altares
nu nudo que solo puede
el sepulcro desatarle,

es negocio muy formal.
Cárm. ¡Ah! Si mi padre pensase
como usted.... no me vería....
D. Bern. ¿Conque es decir que ese enlace
repugna á tu corazon?
Cárm. Preciso es que lo declare:
no le amo. Seré infeliz
si me obligan á casarme
con ese hombre; pero debo,
aunque con la vida pague,
obedecer....
D. Bern. Poco á poco.
Será lo que tase un sastre.
Estoy aqui yo; y primero
he de sufrir que me empalen.
¡Pues no faltaba otra cosa!
Cárm. Mi padre es inexorable,
y en vano....
D. Bern. Nada me ocultes.
¿Hay en campaña otro amante?
Cárm. Señor....
D. Bern. No te dé vergüenza.
¡Voto va á cribas! No claves
los ojos en tierra.
Cárm. ¡Pero,
qué empeño de sofocarme!
D. Bern. Un amor honesto y puro
nada tiene de culpable
si el objeto lo merece. —
— Soy indulgente. Es muy fácil
que yo tambien me enamore,

que aun no soy muy viejo. El martes
cuarenta años cumpliré.
Si yo me confieso frágil,
¿cuánto mas deberá serlo
una niña?

Cárm. Tio, un ángel
aqui le ha traido á usted
para protegerme. A nadie
sino á usted revelaría
mi oculto amor, mis pesares. —
Un jóven, no muy pudiente
en verdad, pero....

D. Bern. No pases
adelante, que ya viene
el preceptor á buscarme.
Hablaremos mas despacio.

ESCENA IX.

Los precedentes y don Abundio.

D. Abund. Me envía el señor alcalde...

D. Bern. Ya sé. Me voy á vestir.
Soy con usted al instante (1).

ESCENA X.

Cármen y don Abundio.

D. Abund. Mi sitibunda pasion,
que al de Tántalo equivale,

---

(1) Entra en su cuarto.

si bien la juzgo suplicio,
bendice el grato mensaje
que ofrecerte me procura
mis humildes homenajes.
Mis homenajes humildes;
que no asi la que de un áspid,
egipcia reina, fue presa;
ni la que en redes de alambre
el unípede Vulcano
encerró cuando *infraganti*
en los brazos de Mavorte,
estando la luna en *Aries*....
Cárm. Si no me habla usted mas claro,
escusado es que se canse.
No entiendo esa algaravía.
D. Abund. Tienes cuarenta quintales
de razon. Una muchacha
que es bonita como un ángel;
graciosa como ella sola;
con unos ojos capaces
de abrasar, no digo á mí
que soy de hueso y de carne,
sino al mismo mar glacial,
no necesita quemarse
las pestañas estudiando
la Prosodia y la Sintáxis.
Por tanto en vulgar estilo,
aunque las musas me arañen,
digo que por tí me muero;
y que ni el troyano Páris,
ni Pirro, ni Marco Antonio....
Cárm. Si usted pretende mofarse

de mí....

D. Abund. ¿Yo mofarme? Caigan
sobre mí montes y mares
si no es cierto....

Cárm. Bien: lo estimo.

D. Abund. ¿Y no mas? ¡Crudo desaire
que es mi sentencia de muerte!
¿Y es justo que me desbanque
el imbécil don Esteban?

Cárm. Si en mi voluntad mandase,
lejos de ser su muger....

D. Abund. ¿Qué escucho? ¡Oh Jove!
Renace
mi agonizante esperanza.
¿Es cierto que ese elefante,
ese avestrúz con patillas
no merece que le ames?
Siendo así quizá sucumba
al amor que me inspiraste
ese corazon de acero.
¡Oh! ¡Plegue á Dios que se ablande!
y desde el lapon conciso
hasta la eritrea Gades,
el mas plácido y feliz
seré yo de los mortales.
No consientas que al altar
ese mastuerzo te arrastre,
mas como víctima pingüe
que como consorte amante.
No tu alabastrina mano
á la de un bruto se enlace.
Dígnate aceptar la mia;

dígnate exaudir mis ayes;
que si no puedo ofrecerte
riquezas y dignidades,
mi sabiduría inmensa,
mi facundia inagotable,
si en obscura no la sume
tu desden hórrida cárcel,
de mi númen los prodigios,
de mi vena los raudales....
¿Te ries? ¡Fausto presagio!
¡Ah! Mírame, dulce Cármen,
prosternado á tus rodillas....

Cárm. ¿Qué hace usted?

D. Abund. ¡Oh! No te apartes. —
Permite que de tus manos
en las ebúrneas falanges
del venerando himenéo
el ósculo tierno estampe,
y mi delirio.... (1)

ESCENA XI.

Los precedentes y don Esteban.

D. Esteb. ¡Ola! ¡Ola!
¡Estamos lucidos! — Alce
usted de ahí, *domine* endeble,

---

(1) La sigue de rodillas, y en esta actitud le sorprende don Esteban que entra sin quitarse el sombrero, vestido como señorito de lugar, con grandes patillas, y un cigarro en la boca.

si no quiere que le arrastre
por la sala (1).

D. Abund. Poco á poco.
No hay necesidad de ahogarme
para eso.

D. Esteb. ¿Sabe usted,
fiel de fechos vergonzante,
que yo mando aqui?

D. Abund. ¿Quén duda....

D. Esteb. ¿Si querrá usted disputarme
la novia? ¿Qué hacía usted
arrodillado delante
de ella?

D. Abund. Soy flojo de nervios,
y desde el año del hambre
flaquean tanto mis piernas,
que no pueden sustentarme
muchas veces. — Otros hay
que de cogote se caen;
pero yo, es maravilloso,
siempre de rodillas.

D. Esteb. ¡Diantre!
Pues hágame usté el favor
de no sufrir ese achaque
delante de mi futura,
ó á palos sabré curarle.

D. Abund. Gracias.

D. Esteb. ¡Cuidado! — Y usted,
niña, con ninguno me hable,
ó nos oirán los sordos.

---

(1) Le levanta con violencia, asiéndole del cuello.

Cárm. Ese imponente lenguaje
no le pertenece á usted.
Yo dependo de mi padre
solamente, y no acostumbro
á sufrir que otro me mande.

D. Esteb. Usted va á ser mi muger
dentro de poco aunque rabie:
¡entiende usted!; y no quiero
que tolere en adelante
otro amor que el de su novio;
no porque ese ruin abate,
figura de friso antiguo,
sea capaz de inquietarme.

D. Abund. (¿Qué escucho?
¡*Oh tempora*! ¡*Oh mores*!
¡*Cuantum in rebus inane*!)

D. Esteb. Pero....

Cárm. Señor don Esteban,
me es desconocido el arte
de fingir. Si Dios no quiere
que mis lágrimas alcancen
piedad de un padre cruel,
podrá usted vanagloriarse
de ser dueño de mi mano;...

D. Esteb. ¡Oh! Sí.

Carm. Pero, aunque me maten,
jamás de mi corazon.

D. Esteb. Eh, todo eso nada vale.
Usted me querrá, y tres mas.
Yo no soy de esos amantes
débiles que, aunque de injurias
y de desprecios los harten,

adulan á sus queridas,
las miman y las aplauden (1).

ESCENA XII.

Los precedentes y don Bernardo.

D. Esteb. Sí: ¡pues bonito es el niño!
No hay en la provincia un jaque
que tosa donde yo estoy,
¿y tengo de sujetarme
al capricho de una niña?
Si otros maricas se abaten,
¿qué importa? Yo soy muy hombre;
y tengo cuarenta pares
de mulas en mi labranza;
y se pierde en los anales
mi nobleza; y tengo tres
capellanías de sangre;
y muchas prerogativas;
y....
D. Bern. (¿Quién es ese salvaje,
sobrina?
Cárm. ¿Quién ha de ser?
¡Mi novio!)
D. Esteb. Y á centenares
tengo yo novias mas ricas,
y de mas rancio linaje,
y mas hermosas tambien

---

(1) Se pasea sin hacer caso de don Bernardo que sale ya vestido, y se le queda mirando.

que quisieran atraparme.
Pero no se ha de decir
que un hombre de mi carácter
ha llevado calabazas.
Yo sostendré á todo trance
mi empeño; y me casaré
aunque se oponga mi madre,
y usted, y todo el lugar;
y....

D. Bern. Eso no será tan fácil
viviendo yo.... —

D. Esteb. (1) Y ha de haber
la de Dios es Cristo si alguien
lo estorba. ¿Está usted? que yo
de bien á bien soy un ángel;
pero de mal á mal no hay
quien se me ponga delante.
Soy hombre que tengo puños,
¡y pobre del que yo agarre
del pescuezo!... — (2).

D. Abund. ¡Ay! ¡Ay! Sí; basta
que usted lo diga.

D. Esteb. Es que nadie
se atreverá....

D. Abund. Por supuesto.
Todos aman su gaznate
y....

D. Esteb. Es mucha fuerza la mia.

D. Abun. ¿Quién lo duda? Formidable.
Es usted un Cananeo;

---

(1) Sin oir á don Bernardo.
(2) Lo hace con don Abundio.

es usté un Abencerraje;
un Hércules; un Sanson;
y no hay en los arenales
del Africa un Dromedario
que con usted se compare.
Jamás....

D. Esteb. Dómine de viejo,
calle usted y no me enfade. —
¿Qué hace usted aquí?

D. Abund. Yo aguardo
al señor para llevarle
á la fiesta del lugar
de órden del señor alcalde;
pero si le estorbo á usted
le iré á esperar á la calle.

D. Bern. No hay para qué. Ya nos
vamos. —
(Tú sube á tu cuarto, Cármen;
que este novio es muy cerril.

Cárm. Tio, no me desampare
usted... —

D. Bern. Anda: no te apures) (1).
Oiga usted, señor alarbe,
el de las ochenta mulas,
si no quiere granjearse
el ódio de mi sobrina
tenga mejores modales.
Yo no soy hombre de puños
como usted dice, ni jaque,
ni perdonavidas; pero

---

(1) Vase Cármen.

tengo bastante carácter
para obligarle á guardar
mas respeto á estos umbrales,
ó de lo contrario hacer
que por la ventana salte.

ESCENA XIII.

Don Esteban (1).

¿Cómo es eso? Oiga usted....—¡Vaya
una cara de vinagre!
¡Oh! Y yo le veo resuelto....
A fé de Esteban Oñate
que me ha cortado el tal tio.
Yo no soy ningun cobarde;
pero, como no estoy hecho
á que me hable gordo nadie,
confieso..... Eh, nada me importa
que murmure y amenace.
Don Baltasar me ha elejido
por yerno: soy el *tu autem*
del pueblo:.... él es temerario
y le soplará en la cárcel
si estorbar quiere la boda;
y si acaso no lo hace
por ser un hermano suyo,
nada me será mas fácil
que encomendar mi venganza
á cuatro ó cinco gañanes,
que le derrienguen á palos
al revolver una calle.

(1) Desconcertado.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

El tio Lamprea.

Bien dije yo que sin palos
no acabaría la fiesta. —
No lo han de contar por gracia
los mozos de Valdearenas,
y mas estando por medio
el terrible don Esteban.
Si no fuera por lo mucho
que ya los años me pesan,
tratándose de la honra
del lugar, el tio Lamprea
no estaría entre paredes
cuando los demas pelean (1). —
¡Oh! Aquí tenemos al novio
que viene echando centellas.
Rabiando estoy por saber
en qué paró la refriega.

ESCENA II.

Don Esteban y Lamprea.

D. Esteb. ¡Victoria por Peña-aguda!

(1) Mira por la ventana.

los de la vecina aldea
por los barrancos abajo
corren que el diablo los lleva.
Lamp. Me alegro.
D. Esteb. Porque han tenido
este año buena cosecha
nos han querido afrentar;
pero no hay miedo que vuelvan
á habérselas con nosotros.
Bien escarmentados quedan.
Lamp. ¿Y por qué ha sido la riña?
D. Esteb. Yo te diré: en la taberna
se juntaron unos cuantos
con los de acá. Un tal Ortega,
á quien llaman los de allá
por mal nombre Comadreja,
con el hijo del herrero
no sé sobre qué materia
parece ser que ha tenido
una disputa. Babieca
que me lo vino á contar,
dice que el de Valdearenas
es quien tenía razon;
¿pero por qué ha de tenerla
siendo forastero?
Lamp. Yá.
D. Esteb. Al instante en la contienda
tomaron parte unos y otros
como es justo; y si no fuera
porque pasó por allí
el síndico Juan de Urrea,
no sé en qué hubiera parado.

Los apaciguó; y en prueba
de quererse hacer amigos,
á pesar de su pobreza,
convidaron los de acá
á los de allá por su cuenta.
Los de acá de buena fé
bebian largo y sin rienda;
pero los de allá.... ¿Me entiendes?

Lamp. Sí: no pierdo ni una letra.

D. Est. Los de allá haciendo desprecio
de los de acá, y con la idea
de avergonzarlos sin duda,
bebian poco y con flema.
Los de acá disimulaban
porque tienen mas prudencia
que los de allá. — Llega el caso
de ajustar por fin la cuenta,
y en pagar por los de acá
todos los de allá se empeñan.
Este era ya mucho insulto.
Los de acá no lo toleran.
Enarbolan los garrotes
y anda la marimorena.
Ofendidos los de allá
quieren hacer resistencia,
pero los de acá....

ESCENA III.

Los precedentes y don Baltasar.

D. Balt. Ya el pueblo
tranquilo y triunfante queda.

Cuatro de los enemigos
menos ájiles de piernas
han caïdo en mi poder,
y ya en la cárcel se hospedan:
por señas que el uno de ellos
tiene abierta la cabeza.
Los demas huyeron todos.
D. Esteb. Y si no que se estuvieran
por acá; que yo les juro....
D. Balt. Los prisioneros de guerra,
si no pagan una multa
para reparar la iglesia,
calabozo y grillos tienen
lo menos hasta cuaresma.
Debia estar ya empezada
la sumaria; mas no encuentran
en todo el lugar al bueno
de don Abundio.
D. Esteb. ¡Sí! Apenas
olió el peligro, escapó
mas ligero que un cometa,
y puede que de correr
no haya parado á esta fecha.
D. Balt. ¡Pobre *dómine*!
D. Esteb. Estos sábios
me estomagan; me revientan.
Siempre hablando del desprecio
de la vida, y cuando llega
la ocasion de aventurarla
consultan á la prudencia.
Y dale con la virtud;
y vuelta con la grandeza.

de alma; y la filosofía;
y la farmacia; y las.... esas
palabrotas que ellos dicen;
mas nunca hacen cosa buena.

D. Balt. No: todos no están cortados
por una misma tijera;
y, aunque rara vez del sábio
la extravagancia se aleja,
siempre es útil....

D. Esteb. ¿Qué ha de ser?
Lo cierto es que los desprecia
todo el mundo; y casi siempre
andan á sombra de teja;
y nunca tienen salud,
ni proteccion, ni pesetas.
Vea usted si yo estoy gordo;
y todo el mundo me obsequia;
y siempre alegre y de broma.
¿Qué falta me hacen las letras?
Maldita. — Esto no es decir
que por un bruto me tenga.
Yo sé leer de corrido;
escribir; las cuatro reglas
de cuentas; y todo el *Fleuri*;
y he leido las novelas
de *doña María Zayas*;
y el *Bertoldo*; y la *Floresta
española*; y el *Lunario
perpétuo*; y muchas comedias
de esas que todas principian
con ¡*Arma*! ¡*Arma*! ¡*Guerra*!
¡*Guerra*!;

y aquí donde usted me vé
ya sé tañer la vihuela
con mas primor veinte veces
que el barbero que me enseña.
Lamp. Y sobre todo el fandango
y la jota aragonesa.
D. Esteb. Y hago siempre de *traidor*
en las comedias caseras;
y la aldea se alborota
cuando canto la rondeña;
y tengo yo cierta gracia
natural, cierta agudeza....
¿No es verdad?
D. Balt. Sí.
D. Esteb. Y en fin tengo
diez mil ducados de renta.
Mas con tantas campanillas,
tanto aquel, tantas riquezas;...
escandalícese usted;
no falta quien me desprecia.
D. Balt. ¿Quién se atreve á despreciar
al ínclito don Esteban?
Nombre usted al temerario:
haré que en la cárcel duerma.
O soy alcalde, ó no soy.
D. Est. Pues vengue usted mis ofensas.
Su hija de usted no me quiere
por marido.
D. Balt. ¿Se chancea
usted?
D. Esteb. ¿Qué he de chancearme?
Con la mayor desvergüenza

me lo ha dicho.

D. Balt. No hay cuidado.
Yo la haré entrar por vereda.

D. Est. Eh, yo en parte la disculpo;
que al fin es una tontuela,
y no sabe cuanto vale
un marido de mis prendas.

D. Balt. Pero es posible....

D. Esteb. A quien yo
tengo tirria no es á ella,
sino á su hermano de usted
porque ha dado en protegerla.

D. Balt. ¿Mi hermano? ¿Quién le ha mandado
que en mis asuntos se meta?
Le diré cuántas son cinco;
que á mí nadie me gobierna.
¡Pues no faltaba otra cosa!
Y en cuanto á Cármen...—Lamprea,
sube y dila....

ESCENA IV.

Los precedentes y don Bernarnardo.

D. Bern. Te has lucido,
Baltasar. No lo creyera
á no haberlo visto. ¿Así
el empleo desempeñas
de alcalde? ¿A los forasteros
así acojes en tu aldea?

D. Balt. ¡Estamos frescos! ¿Es cosa

de que tú me reconvengas?

D. Bern. Que hiciera esos desatinos
un alcalde de montera,
pase; ¡pero tú! ¡Estar viendo
que sin razon apalean
á los pobres aldeanos
que vienen á honrar la fiesta,
y perseguirlos en vez
de castigar la insolencia
de tus convecinos! Vaya;
ó has perdido la chaveta,
ó la vara que te han dado
deshonrada está en tu diestra.

D. Balt. Yo de mis operaciones
no tengo que darte cuenta.
Y si hemos de estar en paz
modera un poco tu lengua.

D. Bern. Modera el orgullo tú,
y no con tal impudencia
de la autoridad abuses.

D. Balt. ¿Pero á qué tanta pamema?
¿Qué ha habido para que así
te alborotes?

D. Bern. ¡Friolera!
Por pagar ó no pagar
el gasto de la taberna
¡andar á palos dos pueblos!

D. Bal. ¡Toma! ¿Y qué funcion de aldea
no se acaba á garrotazos?
Aquí ya nadie se altera
por semejante vicoca.
El año que no hay pendencia,

que sucede rara vez,
¡es tan insulsa la fiesta!
Gracias que no ha habido muertes
como en Julio por la feria. —
Estos hombres de la Córte,
tanto como cacarean,
parece que no han vivido
entre gentes.

D. Bern. No hay paciencia
para tal barbaridad.
Despues que los atropellan
sin motivo, á los que prendes
en una cárcel encierras.
¡Qué horror! Las pobres familias
que con sus brazos sustentan,
¿porque tú eres testarudo,
será justo que perezcan?

D. Balt. Pues bien: que paguen la multa
y se vayan á su tierra.

D. Bern. Si en eso solo consiste,
yo la pago. Libres sean.

D. Balt. Ya que eres tan generoso
págala tú enhorabuena.
Despues iré yo á mandar
que los suelten. Me interesa
zanjar primero otro asunto
que me toca mas de cerca.
Anda (1): dí á Cármen que baje
al instante.

---

(1) A Lamprea.

Lamp. (Ahora es ella.)

ESCENA V.

Los precedentes menos Lamprea.

D. Balt. Ya te dije esta mañana
que he resuelto establecerla
con un jóven del lugar,
que á su gallarda presencia
une ilustre nacimiento,
gracia, talento y riquezas.
D. Esteb. El señor me hace justicia.
D. Balt. Parece que tú aconsejas
á Cármen que se desvíe
de la voluntad paterna,
y eso es una iniquidad.
D. Bern. Iniquidad mas horrénda
es obligarla á una boda
que su corazon detesta,
y que pudiera tener
muy fatales consecuencias.
¿Por qué, en vez de consultar
el interés que te ciega,
no consultaste de tu hija
el gusto y la conveniencia,
antes de ofrecer su mano
á quien es indigno de ella?
D. Esteb. ¿Indigno yo...? ¡Estamos bien! —
¡Pues no ha dado en mala tema
el hombre! ¿Me meto yo

con usted para que venga
á insultarme? Pues si á mí
se me atufa la mollera....

D. Bern. Hará usted probablemente
lo que hizo *Cascaciruelas.*
Un *dómine* hambriento, un pobre
sumergido en la miseria,
á quien puede usted privar
del jornal que le alimenta,
no es mucho que se acoquinen
cuando usted jura y gallea,
señor maton; pero yo,
gracias á la Providencia,
ni necesito de usted,
ni le temo.

D. Balt. Don Esteban,
aqui solo mando yo.
Poco importa que él se meta
en camisa de once varas
si usted con mi apoyo cuenta.
La chica se casará....
¡Oh! Aqui viene.

ESCENA VI.

Los precedentes y Cármen.

D. Bern. (Ten firmeza.
No des tu consentimiento. —
Yo tomaré tu defensa.

Cárm. No sé si tendré valor....)

D. Balt. ¿Qué la dices á la oreja?

Ya lo comprendo. La animas
á faltarme á la obediencia.
Será en vano. — Ven acá.
¿Presumes que haya en la tierra
quien te ame como tu padre?
Cárm. Yo.... no señor.
D. Balt. ¿Por qué tiemblas?
Cárm. (¡Triste de mí!)
D. Balt. ¿Qué otro afan
dia y noche me desvela
si no asegurar tu dicha?
Cárm. Es justo que asi lo crea.
D. Balt. Los buenos hijos á un padre
profundamente respetan:
No examinan sus preceptos
y le obedecen á ciegas.
D. Bern. No señor, que puede haber
excepciones de esa regla.
Tampoco es razon que un padre
en tirano se convierta;
y cuando....
D. Balt. ¿Quieres callar?
D. Esteb. ¿No vé usted yo con qué flema
me estoy; y espero tranquilo
á que dicten mi sentencia?
Y eso que, hablando en verdad,
ya estoy cargado de esteras,
porque á un hombre como yo
no es razon se le entretenga
tanto tiempo; que mas hago
en casarme yo con ella

que ella... ¿Está usted? Porque al fin
hay alguna diferencia
de casa á casa: y quizá
cuando mi madre lo sepa....
Porque.... como dijo el otro....

D. Bern. ¡Vaya unas esplicaderas!
Vamos (1); prosigue. — (Mal fin
vá á tener esta contienda.)

D. Balt. Yo no te mando arrojarte
en un pozo de cabeza.
Te mando tomar marido:
y son pocas las doncellas
en el dia que hacen ascos
á una ley tan lisonjera.

Cárm. Yo no me opongo á casarme;
pero en una edad tan tierna....
Ya ve usted: diez y siete años
cumplí por la primavera,

D. Balt. Edad mas que suficiente
para que pagues tu deuda
á la patria; que no es cosa
de jugar á las muñecas
la que ya puede ser madre.

D. Esteb. Ya se vé; y usté es muy
bestia....

D. Balt. ¿Cómo....

D. Esteb. No hablo con usted. —
Si quiere estarse soltera
teniendo un novio de á folio
ahora que tanto escasean.

(1) A don Baltasar.

D. Balt. Don Esteban hace dias
que ser tu esposo desea.
El ya te lo habrá insinuado.

D. Esteb. Qué, ¿me muerdo yo la lengua?
Se lo he dicho veinte veces.
Primero haciéndola señas;
en seguida de palabra;
y despues con una esquela;
y con la guitarra luego;
que ha sido mucha fineza
estarme desgañitando
tantas noches en su reja.

D. Balt. Me pidió tu mano en fin.
Yo, viendo entrar por mis puertas
tanto bien, y como nunca
me ha pasado por la idea
que á lo que mande tu padre
capaz de oponerte seas;
sin decirle nada vine
en aceptar sus ofertas.

D. Bern. Mal hecho. Eso no es casarla.
Eso es....

D. Balt. ¿Qué? Vamos.

D. Bern. Venderla.
Pero me han de hacer pedazos
primero que lo consienta.

D. Balt. Hombre, no nos interrumpas.
Deja que responda ella. —
Cármen, ya te has enterado
de mi voluntad suprema;
y no la revocaré

si todo el mundo se empeña.
Ahora háblame sin rodeos.
Vaya, ¿el casamiento aceptas,
ó no? No digas despues
que te he casado por fuerza.

D. Bern. ¿Qué ha de decir la infeliz
despues que tú....

D. Balt. ¡Qué molestia!
¿No la dejarás hablar? —
Vamos, hija; con franqueza.
El esposo que te ofrezco
¿es de tu gusto? En la tierra
no hay un mozo tan bizarro
ni que mejor te merezca.
El te ama....

Cárm. Será verdad;
¿pero dónde está la prueba?
Ha usado siempre conmigo
de expresiones tan groseras,
y tiene un modo tan brusco
de enamorar....

D. Balt. Bagatela.
Se conoce que en amor
tienes muy poca experiencia;
de lo que me alegro mucho.
Asi tú llamas rudeza
á la amable sencillez,
y al donaire desvergüenza.

D. Esteb. Y en fin, en esto de amores
cada uno tiene su escuela.
¿No es cierto, don Baltasar?
Si otros títeres babean,

ya le he dicho á mi futura
que esto para mí no es regla.
Yo no sufro que mis novias
por su juguete me tengan,
y á las primeras de cambio
las acuso las cuarenta.

D. Balt. Con que vamos; yo supongo
que amarás á don Esteban....

Cárm. Señor....

D. Esteb. Si es cierto que me ama,
lo disimula.

Cárm. Quisiera
poder complacer á usted
y á mi padre; pero es fuerza
hablar claro y sin rodeos,
puesto que asi me lo ordenan.

D. Bern. (¡Buen ánimo! Asi va bien.)

Cárm. (1) Jóvenes hay en la Sierra
que pudiera hacer felices
el señor con sus riquezas.
Mi padre lo pasa bien,
y soy única heredera.
Asi no debo esperar,
si mi vida le interesa,
que me sacrifique....

D. Balt. ¡Cómo!...
¡Qué avilantez! ¡Qué soberbia!
¿Con que es decir....

D. Bern. Es decir
que ya puede don Esteban

---

(1) Dirigiéndose á don Bernardo.

buscar novia en otra parte.

D. Balt. ¿Contra un padre te rebelas?
¡Vive Dios, ingrata....

D. Esteb. ¡Duro!

D. Bern. Perdónala. Ten prudencia.

D. Balt. No sé como no te mato.

Cárm. ¡Padre!

D. Balt. Jamás en tu lengua
vuelva á sonar ese nombre.

Cárm. ¡Ah!

D. Balt. Yo haré que te arrepientas
de tu osadía. ¡Dejarme
á mi feo una muñeca!
¡Desvelarme por tu bien,
y darme esta recompensa!

Cárm. Yo....

D. Balt. Quítate de mi vista;
que la cólera me ciega. —
Ven acá (1).

D. Esteb. Una buena zurra
la daria yo por necia.
¡Dar calabazas á un hombre
como yo!

D. Bern. (2) (¡Firme! No temas.)

D. Balt. Elije: ó darle tu mano,
ó podrirte en una celda.

Cárm. Señor....

D. Balt. No me irrites mas.
¿Quieres con la inobediencia

---

(1) La coje de la mano.
(2) A Cármen.

labrar tu desdicha? ¿Quieres
que te abandone y te pierda?
¿Quieres arrastrar el peso
de mi maldicion eterna?

Cárm. ¡Ah! no, no. Me casaré
aunque desolada muera. —
Obedeceré á mi padre.

D. Bern. ¡Qué escucho! Tanta flaqueza....
Muger al fin.

D. Esteb. He vencido.

D. Balt. ¡Hija mia! ¡Dulce prenda!
Ven á mis brazos. — Tu edad
al error está sujeta;
bien lo sé; pero por fin
te veo entrar en la senda
del deber. — Vamos; no llores (1);
que ya mi enojo se templa.
¡Pobrecilla! Un tio injusto
te infundió malas ideas....
Vaya; ¡no faltaba mas!
Ahora que se presenta
tan buen partido, ¡quedarte
por darle gusto soltera!

D. Bern. Muy pronto cantas victoria.
Si en oprimirla te empeñas,
las leyes la ampararán.
Yo las reclamo por ella.
Supone muy poco un *sí*
arrancado con violencia. —

---

(1) La enjuga las lágrimas.

Si ella por temor sucumbe,
yo la salvaré por fuerza.
D. Balt. ¿Cómo....

ESCENA VII.

Los precedentes y don Abundio.

D. Abund. Cual otro Mercurio,
si es lícito que me atreva
á similitud tan alta....
D. Balt. ¿Viene usted con esa flema
al cabo de tanto tiempo?
D. Abund. Esa canalla estrangera
á la que ya es para mí,
pues me mantiene y alberga,
nueva dulcísima patria
con súbita infanda guerra
pagó la hospitalidad.
No con apatía yerta
el riesgo de mis penates
debí mirar; que tal mengua
de una alma grande es indigna.
Asi en la feral contienda
que hará inmortal nuestra gloria
no ha sido imbele mi diestra.
D. Est. Miente el señor don Abundio.
D. Ab. ¿Yo mentir? ¡Hórrida afrenta!
Si al furor que me devora
soltar osára la rienda....
—Pero yo soy generoso
y perdono tanta ofensa;

que si el furor tiene altares,
aun tiene mas la paciencia.
D. Esteb. Si apenas se armó el combate
cuando tomó usted soleta,
¿cómo....
D. Abund. ¿Y por ventura, solo
con garrotes se pelea?
¿No es la pluma en este siglo
veinte veces mas sangrienta?
Yo me retiré, es verdad;
mas fue á estudiar una arenga
para animar á la pugna
á esa multitud guerrera.
¡Qué de batallas ganó
de un general la elocuencia! —
¡Ah! ¿Por qué sin escucharme
finasteis la lid horrenda?
Pero en esta sala al menos,
ya que no fue en la palestra,
voy á leer el aborto
de mi patriótica vena (1). —
No de otra suerte, intrépidos guerreros,
que en el de las Termópilas barranco
del que azotára el Ponto las falanges
trescientos esparciatas humillaron;
ó cual allá en los campos de Farsalia;
ó cual allá en los mares de Lepanto;

(1) Saca un pliego de papel escrito por las cuatro caras, y lee.

ó cual allá en el lago Trasimeno;
ó cual allá en los muros de Cartago;
ó cual allá en Clavijo do el Apóstol
mató seiscientos mil mahometanos;
ó cual allá....
D. Balt. Basta, basta;
que ahora tengo mucha priesa.
Otra vez escucharemos
esa magnífica arenga.
D. Abund. Cuando usted la oiga verá
¡qué nervio, qué efervescencia!
D. Bern. (Vamos, ya está visto: todos
son locos en esta aldea.)
D. Balt. Secretario, venga usted
conmigo; que hay diligencias
que practicar, y es forzoso
volver á entablar la fiesta.
D. Esteb. Y tenga usted entendido,
señor maestro de escuela,
que aqui persuade un garrote
mas que toda su elocuencia.
D. Abund. Quedo enterado.
D. Balt. Yo cómo
con el señor don Esteban
en casa de un regidor.
No me espereis. — (1) A Dios, perla. —
Y tú (2) no me la seduzcas,
que te saldrá mal la cuenta (3).

(1) A Cármen acariciándola.
(2) A don Bernardo. (3) Vase.

D. Esteb. Que ustedes lo pasen bien.
Pronto daremos la vuelta (1).
D. Abund. (2) ¡Ay, cual me tienen
tus ojos!
¡Oh amor! ¡*Oh pectora cœca*!
¡Oh inopia! *Oh magnum Jovis*
incrementum ¡Oh hijas de Eva!

ESCENA VIII.

Don Bernardo y Cármen.

D. Bern. Al fin se marcharon. Ya
me faltaba la paciencia.
Cárm. ¡Qué desventurada soy!
D. Bern. No tanto como tú piensas.
Aterrada has consentido
en esa boda funesta:
no importa. Procura ahora
sacar fuerzas de flaqueza.
Disimula tus pesares;
finge que estás muy contenta;
canta, rie, y deja obrar
á tu tio.
Cárm. La dureza,
las terribles amenazas
de mi padre....
D. Bern. Bagatela.
Deja que amenace y jure;

(1) Vase.
(2) Aparte al salir, mirando á Cármen.

que voces de asno no llegan
al cielo. — Ea, ten valor.
Inútil es que yo emprenda
tu salvacion, si despues
en la estacada me dejas. —
Me acuerdo que esta mañana
me dijiste que te obsequia
otro jóven....

Cárm. Sí señor;
y lo que mas me atormenta
es el pesar que tendrá
cuando en los brazos me vea
de su rival.... —

D. Bern. No me aturdas
con lamentos de novela. —
Vamos al caso. Una vez
que tú le amas tan de veras,
será un muchacho juicioso
y de las mejores prendas.
Su familia será honrada....

Cárm. Eso sí. Es de las primeras
del pais; pero....

D. Bern. ¿Qué?

Cárm. Goza
de muy limitadas rentas.

D. Bern. Eso no le hace. — ¿Y tu padre
sabe algo?

Cárm. ¡Ah! Si lo supiera,
¡pobre de mí! Tiene horror
á toda la parentela
porque le han ganado un pleito.

D. Bern. ¿Y ha sido de consecuencia?
Cárm. ¡Qué! Puede que su valor
á cien ducados no ascienda.
D. Bern. ¡Vil avaro! (Ya está visto.
No encuentro yo aqui la piedra
filosofal.) — Dí: tu amante
seguirá alguna carrera....
Cárm. Sí señor.
D. Bern. ¿La Medicina?
¡Gran profesion! Haya guerras
ó paces nunca perecen
los médicos. A mil quiebras
todos vivimos sujetos;
pero el ramo de postemas,
cólicos y tabardillos
en todo tiempo prospera.
Que se establezca en Madrid;
y verás, como consienta
en hacer lo que le diga,
¡verás tú qué de talegas!
y mas que no haya leido
á Hipócrates ni á Avicena.
El caso es darse importancia;
visitar en carretela;
despreciar á sus cofrades;
y, convenga ó no convenga,
recetar agua de goma
y un ciento de sanguijuelas.
Cárm. No sigue esa profesion,
aunque mucho la venera;
y es muy humano mi novio,
aunque lo diga yo mesma,

para desear que Dios
nos envíe una epidemia.
D. Bern. ¿Pero en fin, qué estudia?
¿Leyes?
Cárm. Sí señor; y ya estuviera
recibido de abogado;
mas no puede hasta que tenga
veinte y cinco años; y cumple
veinte y dos por la cuaresma.
D. Bern. ¡Calla! Si será.... ¿Su nombre?
Cárm. Don Felipe de Villegas.
D. Bern. El mismo. — Bien parecido,
su tez un poco trigueña,
pero sonrosada y fina;
buen talle, gentil presencia,
hermosa cara, ojos negros,
y asi.... un aire de modestia
y de probidad....
Cárm. Convienen
perfectamente las señas.
D. Bern. ¿Conque no es exagerado
el retrato? ¡Ah picaruela!
Cárm. ¡Cuidado que usted tambien....
No puede una ser ingénua.
D. Bern. Poco hace le he visto en casa
del médico. Su tristeza
llamó mi atencion. — Supongo
que ya la causa penetras. —
¡El pobre muchacho! Yo
no cometí la imprudencia
de preguntársela. Hablamos
de diferentes materias;

y de instruccion no vulgar
me dió repetidas pruebas. —
Vamos; será mi sobrino. —
Cuando salió de la iglesia
hablé al cura en tu favor;
y no dudo que intervenga....

ESCENA IX.

Los precedentes y Doña Matea (1).

Doña Mat. ¿Dónde está, donde está el hijo
de mis entrañas? Mi Esteban;
¡la gloria de la provincia!
D Bern. ¿Qué embajada será esta?
Doña Mat. ¿Embajada? Usted verá
la embajada que le espera.
¡Picarones! ¡Seductores!
¿Se ha visto maldad mas negra?
Abusar de su candor;
burlarse de su inocencia,
¡infames! para casarle,
¿con quién? Con una cualquiera.
D. Bern. Oiga usted....
Doña Mat. No quiero oir.
Si esa boda se celebra,
tengo de dejar memoria
de mi venganza sangrienta.

---

(1) Entra vestida como se usaba hace cien años, y hecha una furia.

Cárm. Pero señora....
Doña Mat. ¡Oh! tú eres
la encantadora sirena
que me le tiene hechizado.
¡Miren la gatita muerta!
¡Miren como sabe hacer
su negocio! ¡Y qué! ¿Tú piensas
pescarle para marido?
primero aspada me vea.
Cárm. Al contrario; yo....
Doña Mat. La casa
de los Oñates, y Heredias,
y Pimenteles, y Osorios,
y Castros, y Mendinuetas,
y Gamboas, ¿con un *quidam*
se ha de unir, que no se acuerda
nadie de quien fué su abuelo?
Es una infamia, una afrenta
que no la consentirá
la ilustre doña Matea.
Cárm. ¡Qué muger! Pero si yo....
Doña Mat. Qué valen las cuatro cepas,
y el olivar, y el molino,
y las éticas ovejas
de tú avaricioso padre?
Todo eso es hambre, miseria.
¿Quereis sacar la barriga
de mal año con mis rentas?
¿Quereis....
Cárm. ¡Por Dios oiga usted!
Doña Mat. ¡Hipócrita! ¡Zalamera!
¿Tú aspiras al alto honor

de tenerme á mí por suegra?
si al momento no desistes
de tan temeraria idea,
te pondré donde mereces.

Cárm. ¿Se ha visto igual insolencia?
¿A mí usted....

D. Bern. Vete de aquí;
porque esta muger chochea.

Cárm. Mejor es; que ya estoy harta
de oir sus impertinencias.

ESCENA X.

Don Bernando y doña Matea.

D.ª M. ¡Cómo! Ella es la impertinente,
y atrevida, y mala hembra,
y.....

D. Bern. Señora, tenga usted
un poco mas de prudencia.__
La habrán informado mal
sin duda. Cuando usted sepa....

Doña Mat. Todo lo sé; sí señor;
y conmigo no se juega.
¿Está usted? __ ¿Don Baltasar
qué hace que no se presenta?

D. Bern. Salió hace poco con su hijo
de usted á unas diligencias....

Doña Mat. ¡Pues! Serán las de la boda.

D. Bern. Tal vez.

Doña Mat. ¿Y con esa flema
lo dice usted? __ No lo extraño,

porque tambien usted entra
en el complot.

D. Bern. ¿Yo?

Doña Mat. Sí: usted;
pero es en vano. Aunque venda
la camisa....

D. Bern. ¡Si yo soy
el que....

Doña Mat. Pues; el que desea
la perdicion de su hermano;
el que á la niña aconseja
pensamientos tan altivos;
el que engatusa á mi Esteban;
el que....

D. Bern. Si usted me dejase
explicarme....

Doña Mat. El que se mezcla
en lo que no le compete.

D. Bern. No hay tal cosa. Yo
quisiera. —

D.ª Mat. Mas yo escribiré á mi tio
el conde de la Verbena; —

D. Bern. Que Cármen fuese feliz.
No es posible que lo sea —

D.ª Mat. Y á mi cuñado el Virey;
y á mi prima la abadesa; —

D. Bern. Con su hijo de usted.
¿Qué vale
su decantada opulencia? —

D.ª M. Y al embajador de Prusia; (1)

(1) Hablan los dos á un tiempo.

y al gobernador de Ceuta ;—
D. Bern. Cuando el corazon....
(No me oye). —
¡Señora! — ¡Maldita seas! — (1)
D.ª M. Y al intendente de Murcia;
y al cabildo de Sigüenza.
D. Bern. ¿Es usted muger, ó furia?
(¿Dónde estoy?) Con una recua
de demonios, ¿quiere usted
oirme?
Doña Mat. ¡Raza perversa!
¡Canalla!
D. Bern. (Si no la dejo
voy á perder la cabeza. —
sudando estoy como un pollo).
D.ª Mat. (2) ¿No lo dije? — La jaqueca.
D. Ber. ¡Qué gente, Dios mio! En hora
menguada vine á la Sierra.

ESCENA XI.

D.ª M. Oiga usted.... ¡Gente ordinaria!
¡Gente incivil y grosera! —
¿Y se han de burlar de mí?
¡Uf! La cólera me ciega.
Hasta encontrar al alcalde
correré toda la aldea;
y donde quiera que esté
le he de arrancar las orejas.

---

(1) Hablan los dos á un tiempo.
(2) Abanicándose muy aprisa.

ACTO TERCERO (1).

ESCENA PRIMERA.

Cármen.

¡Qué crítica, qué terrible
es mi situacion! Si acepto
por esposo á don Esteban,
mi triste fin acelero:
si le rehuso, á mi padre
clavo un puñal en el seno. —
¿Qué haré? — Dejemos obrar
á mi tio. Por su medio
quizá lograré la dicha
de obtener mas grato dueño. —
La imprevista circunstancia
de oponerse al casamiento
Doña Matea pudiera
favorecer mis deseos;
y.... ¿Quién entra?

ESCENA II.

Cármen y don Felipe.

D. Fel. No te asustes:
yo soy.

(1) Está anocheciendo.

Cárm. ¡Tú, Felipe! — ¡Oh cielo!
¿Cómo te atreves á entrar
aquí? ¿No sabes el riesgo....
D. Fel. No estando en casa tu padre
¿qué temes?
Cárm. ¡Ah! Pero el viejo
Lamprea....
D. Fel. Estamos seguros.
Anda por los aposentos
de arriba. Acabo de verle
desde el balcon de don Pedro.
Cárm. No importa. Vete por Dios:
no me pierdas.
D. Fel. Un momento....
Cárm. No, Felipe. ¡Ah! Si supieras....
D. Fel. Lo sé todo; y, satisfecho
de tu cariño, no pienses
que airado y celoso vengo
á hacerte reconvenciones
injustas. Mi único objeto.... (1)
Cárm. ¡Ay de mí! Ya baja. Le oigo
toser. - Vete: aun será tiempo. — (2)
No: ya está aquí. — En ese cuarto....
D. Fel. ¡Maldito sea.....
Cárm. Entra presto (3).

---

(1) Tose dentro Lamprea.
(2) Mira adentro.
(3) Entra don Felipe en el cuarto de don Bernardo.

ESCENA III.

Cármen y Lamprea (1).

Lamp. Bendito sea por siempre
y alabado.... (2) ¡Qué tormento
de tos! Un dia me ahoga.
¡Triste pension de los viejos!
Lo mismo es anochecer
que así.... (3) á manera de muermo...
¿Qué hace usté aquí, señorita,
tan sola?
Cárm. Corre mas fresco
que arriba.
Lamp. Si quiere usted
compañía....
Cárm. Lo agradezco.
(No se marchará. ¡Qué pelma!
Estoy en brasas).
Lamp. ¿Y es cierto
que se casa usted muy pronto?
Carm. No sé.
Lamp. Yo en parte lo siento (4);
porque se irá usted de casa,
y.... ¡Pero que buen sugeto
es el señor don Esteban!
Bella estampa; muy buen genio;
campechano si los hay;

(1) Lamprea trae un belon encendido; y le coloca sobre una mesa.
(2) Tose. (3) Idem. (4) Idem.

y hombre de mucho dinero.

Cárm. Es verdad; pero si tienes
que hacer allá arriba.....

Lamp. Creo
que está usted de mal humor;
(1) y es cosa rara por cierto
en vísperas de casarse.

Cárm. (¡Qué suplicio!)

Lamp. Yo me acuerdo
que mi difunta Gregoria,
téngala Dios en el cielo,
cuando yo la festejaba....
¡Ay, señorita, qué tiempos
aquellos! — (2) ¿Quiere usté un
polvo?

Cárm. Muchas gracias. Solo quiero
estar sola.

Lamp. (3) Eso es decir
que incomodo.

Cárm. No por cierto;
pero tengo poca gana
de conversacion.

Lamp. Ya entiendo.
A usted no le gusta hablar
con un vejete estafermo.
Si fuera yo don Esteban....
¡Qué tos! (4) — Vamos; ya la dejo
á usted solita. — Cuidado,
que es muy dañoso el sereno. —

(1) Tose. (2) Saca la caja.
(3) Lamprea abre su caja con mucha sorna; toma un polvo, y la guarda. (4) Tose.

Conque hasta despues (1).

Cárm. ¡Uf! ¡Qué hombre!
Gracias á Dios... (2) Sal corriendo (3).

D. Esteb. (4) ¿Quién hace caso de viejas?

D. Balt. Pero es mucho atrevimiento (5).

ESCENA IV.

Cármen, don Baltasar, don Esteban y don Abundio.

D. Balt. Insultar con tal descaro
á la autoridad del pueblo.

D. Esteb. Es muy animal mi madre.

D. Balt. Si no me la quitan, creo
que me araña.

Cárm. (Soy perdida
si de aqui no los alejo.)

D. Balt. Que dé gracias á que usted
debe ser pronto mi yerno. —
¿No es verdad?

D. Esteb. ¿Qué duda tiene?
A mí me importa tres bledos
la voluntad de mi madre;

---

(1) Se va muy despacio.

(2) A la puerta del cuarto de don Bernardo.

(3) Va á salir don Felipe, y al oir las voces siguientes, vuelve á esconderse.

(4) Dentro.

(5) Entran en la escena hablando.

que mi gusto es lo primero.

D. Balt. Pues siendo asi la perdono. —
Conque no perdamos tiempo.
El domingo la primera
amonestacion. ¿No es esto? —
¡Oh! ¡Estás aqui! (1) No te habia
visto. Estamos disponiendo
la boda.

Cárm. Bien. — Però aqui
para un asunto tan serio
están ustedes muy mal.
Puede entrar un indiscreto
que los interrumpa. Arriba....

D. Bal. No. ¡Si ya estamos de acuerdo!
Es cosa hecha. Mañana
el contrato firmaremos.
¿No es esto?

D. Esteb. Cuando usted quiera.

Cárm. (Mi vida está en grande riesgo
si le descubren.)

D. Balt. Muchacha,
á tí no te para el cuerpo.
¿Qué tienes?

Cárm. Nada, señor.
Algo indispuesta me siento,
pero.... se me pasará.

D. Balt. ¿Has merendado?

Cárm. No tengo
ganas. — (¡Dios mio!)

---

(1) A Cármen.

D. Balt. ¿Estás triste?
No lo estraño. El mucho afecto
que me tienes es la causa.
¿Temes que tu casamiento
nos separe? No lo creas,
Carmencita. Viviremos
todos juntos. — Vaya, niña,
alégrate.

D. Esteb. Fiel de fechos,
diga usté algo que nos haga
reir.

D. Abund. De Plauto y Terencio,
dilectos hijos de Apolo,
quisiera tener el plectro;
ó del que con culta vena
ilustró el hispano suelo,
Góngora insigne que tantos
sútiles parió conceptos.... —

D. Balt. Aqui queremos reir,
y no dormirnos, maestro.
Deje usted su erudicion
á un lado; que los paletos
nos quedamos en ayunas
cuando nos hablan en griego.

D. Abund. (¡Idiotas!)

D. Esteb. Ahora es buena
ocasion para leernos
aquella arenga.

D. Balt. Es verdad.
Léala usted.

Carm. (¡Si á lo menos
viniera mi tio...!)

D. Abund. (1). ¿Dónde
quedamos?

D. Balt. Ya no me acuerdo.
Lea usted desde el principio.

D. Abund. (2) Al peñagudense pueblo.

D. Esteb. ¡Qué veo! — ¡Ah bribon!

D. Abund. (3) No de otra
suerte intrépidos guerreros....

D. Esteb. Calle usted ó le desnuco. —
De ira estoy que reviento.
¿Usted mi rival, canalla?
¿Usted á mi novia versos?

D. Abund. ¿Cómo....

D. Esteb. Aqui están en mi mano.
No me dirá usted que miento.
Al suelo se le han caido
al sacar ese proceso
que iba á leer.

D. Abund. Pero.... si....
yo....

D. Est. Escuche usted, señor suegro;
y verá usted....

D. Abund. (Si pudiera
escaparme....)

D. Esteb. (4) Quieto, quieto
aqui. — (5) » A la adorable Cármen,
el cisne de los Cameros,
don Abundio de Ruibarbo

---

(1) Al sacar don Abundio el papelote del acto segundo deja caer otro sin advertirlo: lo coje don Esteban, y lo lee para sí. (2) (3) Lee.
(4) Asiéndole. (5) Lee.

y Remolacha, soneto. —
¿Y tú sufres ¡oh amor! tan vil ultraje!
¿Y, en vano por Carmela suspirando,
quieres que vea en su regazo blando
solazarse á un indómito salvaje!" —
(1) ¿Ha visto usted qué insolencia?
¡Llamarme á mí un fiel de fechos
salvaje! ¡Y enamorar
á mi novia!

D. Abund. ¡Pero si eso
no es mio! Algun envidioso....

D. Esteb. ¡Cómo! ¿Aun tiene usted aliento
para hablar? (2).

D. Balt. Déjele usted.
Sin duda ha perdido el seso.

D. Esteb. ¿Dejarle? No ha de salir
de aqui vivo.

D. Abund. Me arrepiento.
¡Perdon!

D. Esteban. No hay perdon.

D. Balt. Eh, vamos;
basta que esté yo por medio....

D. Abund. ¿Dónde me refugiaré?
En este cuarto.... (3) ¿Qué veo?
¡Un hombre oculto!

Cárm. (¡Buen Dios!

---

(1) Representa.

(2) Amenaza á don Abundio, y don Baltasar le contiene.

(3) Va á entrar, y viendo á don Felipe, retrocede.

á tu favor me encomiendo.)
D. Esteb. ¿Un hombre oculto?
D. Balt. (1) Lamprea,
Macario, Cosme, Ruperto.

ESCENA V.

Los precedentes, don Felipe y dos criados.

D. Felipe. Aqui estoy, don Baltasar.
No hay que alborotar el pueblo.
D. Balt. ¿Qué veo? ¡En mi casa usted!
¡Y escondido! Vive el cielo....
D. Esteb. (¡Caracoles! Esto pasa
de castaño obscuro.) (2)
D. Balt. Pero
no es usted sino esa infame
en quien descargar yo debo
el rigor de mi venganza.
D. Abund. (No salí de mal aprieto.)
Cárm. ¡Padre!
D. Balt. ¿Aun te atreves, indigna...
D. Fel. Mire usted que la defiendo
yo.
D. Balt. ¿Usted?
D. Fel. Sí señor; y soy
capaz de cualquier exceso
si usted se atreve á ofenderla,

---

(1) Gritando.
(2) Vienen los criados, y á una seña de don Baltasar se detienen en el fondo.

siendo de virtud modelo.

D. Balt. ¿Usted sabe con quien habla? (1)

D. Fel. Ahora solo miro al riesgo
de Cármen; y si no me hacen
dos mil pedazos primero,
no lograrán arrancarla
de mi lado.

D. Balt. (¿Oye usted esto,
don Esteban?

D. Esteb. ¡Qué! ¡Si estoy
pasmado!) (2).

D. Abund. (¡Buen argumento
para un drama! Si no fuera
poeta y actor á un tiempo,
le haría solo por dar
una carda á ese mostrenco).

D. Balt. ¿Usted con qué fin ha entrado
aquí? Deseo saberlo.

D. Fel. No acostumbro en parte alguna
á entrar con fines siniestros.
Sepa usted, si lo ignoraba,
pues ya ocultarlo no puedo,
que amo á su hija. No sé
si la ventura merezco
de ser suyo; pero el novio
que usted la destina creo
que, á pesar de sus riquezas,
la merece mucho menos.

---

(1) Don Esteban se pasea haciéndose el indiferente. (2) Sigue paseándose.

D. Balt. (¿Y sufre usted que le ultraje
de esé modo?
D. Esteb. Eh,.... Le desprecio).
D. Balt. ¿Ignora usted, señor mio,
que á su familia aborrezco
de muerte?
D. Fel. Es una injusticia.
D. Bal. ¡Pues! ¿Y el pleito que su abuelo
de usted me ganó?
D. Fel. Sin duda
le asistió mejor derecho
que á usted: y aun cuando no fuera
así; ¿qué culpa tenemos
los que no hemos litigado?
¿Acaso el ganar un pleito
es el pecado de Adan
que pasa al último nieto?
D. Abund. Distingo. Si el pleito....
D. Fel. ¿A usted
le dan vela en este entierro,
señor pedante?
D. Abund. A mí, nó;
pero....
D. Fel. Guarde usted silencio;
ó se le haré yo guardar.
D. Abund. Será usted servido.
D. Balt. Hablemos
claro. Usted de ningun modo
me conviene para yerno.
D. Fel. No lo dudo; pero acaso
á su hija de usted convengo
mas que don Esteban.

D. Balt. ¡Cómo!
Es decir que está de acuerdo
con usted....
Cárm. Yo,.... padre mio....
D. Fel. Contra el tirano precepto
de unirse á quien aborrece,
pues son en vano los ruegos,
vine á ofrecerla mi amparo.
Yo: sí señor; no lo niego.
Nada he podido decirla
porque no he tenido tiempo;
pero....
D. Balt. Hipócrita, despues
que diste el consentimiento
á la boda proyectada,
¿cómo es que un galan te encuentro
escondido en ese cuarto?
D. Fel. Por la fé de caballero
juro á usted que está inocente
su hija: yo solo soy reo.
Aquí entré sin ser llamado;
y Carmencita, bien lejos
de aprobarlo....
D. Balt. Se concluye,
señor mio, de todo eso,
que usted es un libertino,
un desalmado, un perverso
seductor.
D. Fel. Señor alcalde,
poco á poco; que dicterios
semejantes....
D. Balt. Usted puede

hacer cundir en el pueblo
sus depravadas costumbres;
y yo, que no en vano ejerzo
la primer magistratura,
á todo trance resuelvo
librar á la juventud
de tan pernicioso ejemplo.—
Irá usted á un calabozo.

D. Fel. ¿Yo?

D. Balt. Y para que otro muñeco
no venga á hacer cucamonas
á mi hija, en un convento
la tendré mientras celebra
sus desposorios. — ¿No es esto,
don Esteban?

D. Esteb. Sí: será
lo mejor (1).

D. Abund. (El estafermo
del novio con mucha calma
lo toma.)

D. Fel. Saber deseo
cual es mi delito.

D. Balt. Ya
lo he dicho. El crímen horrendo
de seduccion, con indicios
de rapto, y escalamiento,
y....

D. Fel. Es una calumnia atroz.—
Cuando yo mi mano ofrezco

---

(1) Cansado de pasearse se sienta retirado; toma una guitarra y la templa.

á Cármen y ella la acepta....
Cárm. (¡ Infeliz de mi !)
D. Balt. No es cierto.
Con quien ella ha prometido
casarse en este aposento,
hoy mismo, es con el señor. —
¿ No es verdad ?
D. Esteb. ¡ Si no me acuerdo
de qué estaba usted hablando !
D. Balt. ¿ Ahora salimos con eso ?
¡ Me gusta la flema !
D. Esteb. Yo
por tan poco no me altero.
D. Balt. Digo que á usted ya le ha dado
palabra de casamiento
la muchacha.
D. Esteb. ¿ Quién lo duda ? —
¡ Maldita prima ! (1)
D. Balt. Y yo quiero
que la cumpla.
D. Fel. Fue arrancada
por el terror. Mas derecho
tengo á reclamarla yo,
porque me la dió primero.
D. Balt. ¿Cómo primero ? Hija vil....
Cárm. Padre, me habia propuesto
obedecer y callar ;
pero llega á tal extremo
la tiranía de usted,
que en dar mi vida consiento

(1) Sigue templando,

antes que la mano á otro
que á Felipe.
D. Balt. ¡Qué desuello!
¡Qué infamia! Hoy vas á morir (1).
D. Abun. (El drama ya se vá haciendo
trágico.)
D. Fel. ¡Guárdese usted
de tocarla!
D. Esteb. Yo no acierto
á templar esta guitarra.
D. Abun. (Mejor será huir el cuerpo...
D. Balt. Prendedle (2).
D. Fel. Nadie se arrime,
ó le devano los sesos.
D. Abund. ¡Mísero de mí!
D. Balt. ¡Favor
á la justicia!

ESCENA VII.

Los precedentes y don Bernardo.

D. Bern. ¿Qué es esto?
D. Balt. ¿Qué ha de ser? Las consecuencias
de tus inicuos consejos.
Rebelárseme una hija;

(1) Amenazada Cármen por su padre se ampara de don Felipe.

(2) Los criados hacen un movimiento hácia don Felipe: saca éste una pistola, y á su vista desaparecen: don Abundio se guarece detras de don Esteban.

aspirar á ser mi yerno
ese jóven temerario;
y al querer llevarle preso
hacer armas contra mí.

D. Bern. ¿Y qué hace usted ahí tan serio,
don Esteban?

D. Esteb. ¡Qué pregunta!
¿Pues qué no lo está usted viendo?
Tocar la guitarra.

D. Bern. ¡Calla!
Y detrás el fiel de fechos....

D. Abund. Soy *filarmónico.*

D. Bern. Ya.
Pues yo creí que por miedo....

D. Abund. No señor: es precaucion.
¿Qué seria de mis deudos
sí me dejase matar
no habiendo hecho testamento?

D. Ber. Basta de escándalo, hermano.
Los chicos por lo que veo
se quieren. Cásalos tú
antes que se casen ellos.

D. Balt. Primero me vea yo
con una argolla en Marruecos.

D. Esteb. (1) » Yo soy aquel que subí
hasta el último elemento....»
¡Qué demonio de guitarra!
¡Si esto parece un cencerro! (2).

---

(1) Cantando por el aire del fandango.
(2) La deja sobre una silla.

D. Bern. ¡Miren por donde se apea
el señorito!
D. Balt. Celebro
la ocurrencia, amigo mio.
¡Cuando estoy hecho un veneno
se pone usted á cantar!
D. Esteb. ¡Toma! ¡Pues estamos frescos!
No le han de dejar á uno....
Cada uno tiene su genio. —
Conque uno ha de ir á matarse
porque usted... ¡No es mal empeño!
D. Bern. Tiene razon.
D. Balt. Pero es cosa
que me sorprende en extremo....
D. Bern. Vamos; ten calma, y escucha.
La boda que te has propuesto
no se verificará
de ninguna suerte. Hay medios
legítimos de evitarla.
Yo ya he tomado al efecto
mis medidas.
D. Balt. Yo sabré
desvanecer tus intentos: —
y si me apuras un poco
puede ser que....
D. Bern. Ya te entiendo.
¿Me meterás en la cárcel,
¿No es verdad? — Vamos; yo espero
que todo se compondrá
felizmente. En prueba de ello,

guarde usted esa pistola,
señor don Felipe.
D. Fel. Pero ...
D. Bern. No hay pero que valga.
Cárm. Yo
te lo suplico.
D. Fel. Obedezco.
D. Esteb. Esta es mano de cigarro (1).
D. Abund. (2) Ya la guardo. Respiremos.
D. Bern. Ahora los dos pedidle
perdon con mucho respeto.
D. Balt. No perdono.
Cárm. (3) ¡Padre mio!
D. Fel. Señor....
D. Balt. Quitaos de enmedio.
Soy inflexible.
Cárm. Mi llanto....
D. Balt. Aunque todo el universo
se empeñára....
D. Bern. ¡Qué dureza,
Baltasar!
D. Fel. ¡Ay! A lo menos
no la vea yo enlazada....
D. Balt. Con doscientos y el portero
déjenme ustedes en paz; (4)

---

(1) Saca una gran bolsa de bejiga, y de ella tabaco que pica con una descomunal navaja; hace un cigarro disforme; echa yescas, á pesar de haber luz; lo enciende y fuma.

(2) Volviendo al medio de la escena.

(3) De rodillas; y lo mismo don Felipe.

(4) Los hace levantar.

que ni me ablandan lamentos,
ni me aturden amenazas. — (1)
Venga usted acá. — (2) Al momento
la mano que le ofreciste,
sin réplica.... ¿Está usted lelo,
don Esteban?

D. Esteb. Es que yo....
¿Sabe usted lo que yo pienso?
Que es mejor que se la dé
á don Felipe.

D. Balt. Eh, dejemos
bromas á un lado.

D. Esteb. ¿Qué bromas?
Lo digo como lo siento. —
Porque, mire usted, mi madre
no quiere que nos casemos;
y por no oirla gruñir....

D. Bal. ¿Estoy soñando, ó despierto?-
¿Pero usted....

D. Esteb. Mire usted: yo
soy cabiloso en extremo,
y.... Vamos; si me casára
con ella.... Porque lo cierto
y lo seguro es que Cármen
tiene ya su quebradero
de cabeza. ¿No es asi?
Y..., como dice el proverbio,
quien bien ama, tarde olvida.

---

(1) Coje de la mano á don Esteban, que le sigue como forzado. (2) A Cármen.

No sea el diablo que luego....
Lo que es la chica es muy guapa;
eso es otra cosa; pero....
¿Qué quiere usted que le diga?
No es tanto, tanto mi afecto
que apechugue.... Mire usted:
yo por otra parte..., hablemos
claros, hacía una boda
muy desigual. Mis inmensos
caudales.... Bien es verdad
que si me hallaba dispuesto
á casarme, yo soy franco,
era con el solo objeto
de no entrar en quintas. Pues;
porque yo no tengo apego
á la milicia; y me bastan
los timbres de mis abuelos,
sin exponer mi pelleja
por adquirir otros nuevos.
En fin, cada uno se entiende. —
Buenas noches, caballeros.

ESCENA VII.

Los precedentes menos don Esteban.

D. Balt. (No sé dónde estoy. Me ahoga
la cólera; y no me atrevo
de vergüenza á alzar la vista.)
D. Bern. Chico, ningun sentimiento
debe darte su inconstancia.

Antes parece que el cielo
lo ha dispuesto por tu bien
y el de Cármen.
D. Balt. Le prometo
que me las ha de pagar.
D. Ber. Al contrario: yo en tu puesto
iria á darle las gracias.
D. Abund. Si en tan crítico momento
me es lícito hablar, insigne
don Baltasar....
D. Balt. Bien: con menos
preámbulos diga usted
qué quiere.
D. Abund. Yo soy maestro
de primera educacion
en este dichoso pueblo:
soy secretario ademas
del ilustre ayuntamiento.
Ambos empleos bien dejan
á mi bolsa de provecho
trescientos ducados. Item:
en breve obtener espero
la plaza de sacristan,
que rendirá por lo menos,
sin la cera y otros gages
legítimos, otros ciento. —
Son cuatrocientos ducados.
Agregue usted á todo esto....
D. Balt. (1) ¿Acaba usted?
D. Bern. (Déjale;

(1) Impaciente.

que me divierte en extremo.)
D. Abund. Lo que deben producirme
cuatro millones de versos
que puedo hacer en el año
para dias, casamientos,
bautizos, pascuas, *et cætera*,
y el *Desiderio* y *Electo*,
ó sea *Luz de la fé*
y de la ley que muy presto
daré á la prensa en octavas
reales.
D. Balt. ¡Qué lengua de hierro!
Al caso, al caso.
D. Abund. Con tantos
emolumentos ya puedo
vivir con comodidad
aunque se me agregue el peso
de nuevas obligaciones.
D. Fel. (¡Qué moscardon!)
D. Bern. (Yo no puedo
contener la risa.)
D. Balt. Vamos;
¿y á qué fin....
D. Abund. El majadero
de don Esteban renuncia
al dulcísimo himenéo
de la incomparable Cármen.
Usted por lo que comprendo
no desea emparentar
con don Felipe. — Tercero
en discordia aqui estoy yo,
que á sus pies rendido ofrezco

mi....

D. Balt. Quite usted de delante.
¡Habrá mueble! Pues es cierto
que la boda...

D. Abund. ¿Calabazas?
Bien: no riñamos por eso.
Yo me casaré con otra,
ó me quedaré soltero.

D. Ber. ¡Bravo! Eso es lo que se llama
grandeza de alma.

D. Abund. ¡Oh! Yo venzo
fácilmente mis pasiones,
cuando no hay otro remedio.—
Mas daré la última prueba
del cariño que profeso
á esta amable señorita.
Creo que el mejor obsequio
que la puedo hacer ahora
es el quitarme de enmedio;
y por tanto tengo á bien
largarme con viento fresco.

ESCENA VIII.

Los precedentes menos don Abundio.

D Fel. ¡Qué original es el hombre!

D. Balt. A no ser por mi despecho,
mucho hubiera celebrado
su petulancia.

D. Bern. Supuesto
que quedó por don Felipe

el campo, ya es hora....

ESCENA IX.

Los precedentes y doña Matea.

Doña Mat. (1) ¿Puedo
entrar?
D. Balt. Segun. ¿Viene usted
de paz, ó de guerra?
Doña Mat. Vengo
decidida á que seamos
amigos; y lo seremos
si usted quiere.
D. Balt. Enhorabuena.
D. Bern. (Otra tempestad me temo.)
Doña M. Sé que Esteban no está aqui,
y esta ocasion aprovecho
para ver de dar un corte
al asunto, porque aprecio
mucho la paz.
D. Balt. Ya es inútil....
Doña Mat. He tomado por empeño
que no se case mi Esteban
con su hija de usted.
D. Balt. Lo creo;
pero ya....
Doña Mat. Suplico á usted
no me interrumpa, que luego
concluyo. Estos matrimonios

---

(1) A la puerta, y entra luego.

desiguales son funestos
por lo regular. Mi Esteban
está enamorado ciego
de la chica....
D. Balt. Usted sin duda
no sabe....
Doña Mat. Pero sus genios
están en contradicion.
El es de un temperamento
vivo, impaciente, fogoso;
y su hija de usted, hablemos
claros, apática, fria....
D. Fel. ¿Qué dice usted?...
Doña Mat. Los primeros
quince dias será todo
glorias y deleites; pero
despues es muy natural
que entren los remordimientos.
Porque Esteban sentirá
verse con nudo perpetuo
enlazado á una familia
tan inferior....
D. Balt. ¿Cómo es eso?
Mi familia....
Doña Mat. La muchacha,
á quien no mueve otro objeto
que el interés....
Cárm. Oiga usted:
ni yo he menester, ni quiero
nada de nadie.
D. Balt. Señora,
acabe usted de molernos.

Doña Mat. En una palabra, exijo
de usted, por no andar en pleitos,
que se oponga como yo
á ese injusto casamiento.

D. Balt. Si usted me dejára hablar....

D.ª M. Y si acaso hay de por medio
compromisos de otra especie....
Porque el muchacho es travieso;
y el demonio que anda listo....

D. Balt. Ya me falta el sufrimiento.

D. Fel. Si usted se atreve á poner
en boca....

Doña Mat. Yo haré un esfuerzo,
y veré de asegurarla
una pension de trescientos
ducados, si ella se quiere
retirar á un monasterio.

D. Balt. Tome usted pronto la puerta;
porque si llevar me dejo
de mi furia....

Doña Mat. ¿Puedo hacer
mas que darla....

D. Balt. Los infiernos
no han vomitado una bruja
tan bruja.

Doña Mat. ¡Pobre y soberbio!
Despues que una....

D. Balt. Calle usted;
calle usted, ó no me acuerdo
de que es muger, y si vuelve
á alzar el grito la estrello.
¡Energúmena!

Doña Mat. ¡Qué insulto!
¿Yo energúmena?
D. Bern. Acabemos.
Mi sobrina no se casa
con su hijo de usted...;
Doña Mat. Me alegro;
D. Bern Ni emparentar deseamos
con semejante camueso.
Doña Mat. ¡Camueso! ¡Un hombre como él
que cuenta diez y ocho abuelos
y....
D. Bern. Conque si usted no quiere
que la falten al respeto,
calle, y váyase con Dios.
Doña M. Sí: me voy; que me desdeño
de alternar con una gente
tan de poco mas ó menos

ESCENA ULTIMA.

Los precedentes menos doña Matea.

D. Balt. Oiga usted....
D. Bern. Déjala. Es loca.
Cárm. Gracias á Dios que me veo
libre de ella.
D. Fel. (1) (Buena suegra
te esperaba.)
D. Bern. Ea, saquemos

(1) A Cármen.

de penas á estos muchachos;
y á un lado resentimientos.
D. Balt. Supuesto que tú te empeñas,
y que ellos se quieren, bueno:
que se casen. — Pero tú
sabes como están los tiempos.
La cosecha ha sido mala....
D. Bern. No importa: eso es lo de menos.
D Balt. Las heladas...., la langosta....
las alcabalas...., el diezmo....
D. Fel. No es el mezquino interés
el que me mueve....
D. Balt. Los pleitos
me arruinan.... —
D. Bern. Ya me hago el cargo.
D. Balt. Es un horror lo que debo...—
D. Bern. Cármen se contentará
con unos treinta mil pesos
de dote. —¿No es verdad, niña?
D. Balt. ¿Treinta mil? ¿Qué estas diciendo?
Ni uno solo puedo darla.
D. Bern. ¡Si soy yo el que los ofrezco!
D. Balt. Acabáras. Pues entonces
que se casen, y *laus Deo.*
Cárm. ¡Padre mio!
D. Balt. Ea, venid:
os estrecharé en mi seno.
D. Fel. ¡Oh ventura!
D. Bern. Y yo en el mio.
Cárm. ¡Ah! ¿Cómo pagar podremos....

D. Bern. ¡Bagatela!
D. Fel. Será eterna
mi gratitud, y....
D. Bern. Silencio. —
Despues que he gastado tanto
en vicios y devaneos,
razon es que alguna vez
empleé bien el dinero.
Solo exijo de vosotros
un corto favor.
Cárm. ¿Qué puedo
negar á mi bienhechor?
D. Fel. Para mí será un precepto
sagrado....
D. Bern. Quisiera ser
vuestro padrino.
Cárm. ¡Qué exceso
de bondad! ¿Y por favor
nos lo pide usted?
D. Fel. Yo acepto
con el mayor regocijo
tan alto honor, tanta....
D. Bern. Pero
hay una dificultad.
D. Balt. ¿Cuál?
D. Bern. Que mañana me ausento.
D. Balt. ¿Por qué?
Cárm. ¿A dónde?
D. Bern. Si dos dias
en el lugar permanezco,
voy á enfermar.
D. Balt. Pero apenas

has descansado....
D. Fel. A lo menos
hasta que se haga la boda....
D. Bern. No os canseis. Ya lo he
resuelto. —
¿Quereis venir á Madrid
conmigo?
D. Fel. Yo desde luego.
D. Bern. ¿Y tú?
Cárm. Si mi padre quiere....
D. Balt. No solamente lo apruebo,
sino que iré á acompañarte.
D. Ber. Pues no se pierda un momento.
¿Mañana dije? Esta noche
partiremos con el fresco.
D. Balt. ¿Pero, hombre, es posible...
D. Bern. Estoy
de aldea hasta los cabellos.
D. Balt. ¿Nó dijiste esta mañana
que, harto ya de los enredos
y el bullicio de la Córte,
venías con el objeto
de fijarte para siempre
en el lugar?
D. Bern. No lo niego;
pero yo habia formado
otra opinion de los pueblos.
Pensé que todo era paz,
candor y virtud en ellos.
¡Ah! La experiencia es el libro
mejor: bien dice el proverbio.
Aqui la sórdida envidia

tiene fijado su imperio:
aqui á la voz de la sangre
se impone un atroz silencio:
aqui el noble es orgulloso,
y envilecido el plebeyo:
aqui hay discordias, intrigas,
calumnias, rencores, pleitos,
señoritos mal criados,
y hasta pedantones necios.
La urbanidad ni se sueña:
la ignorancia está en su centro:
se atropella á la justicia:
se apalea al forastero:
se llama alegre al borracho;
al desvergonzado ingénuo;
al asesino valiente.... —
¡Qué horror! *A Madrid me vuelvo*;
que allí hay mas comodidades
si los vicios no son menos;
y entre gente racional
no viviré tan expuesto
á morir de un trabucazo,
ó á consumirme de tédio.

CAE EL TELON.